
MAX SARA

Es el primo del gran poeta Pedro A. González. Aparece por esto mismo más meritorio en él, que haya sabido sobreponerse en muchos casos á la doble influencia del maestro. El subjetivismo de su poesía es nítido, aunque adolece de cierta afectación.

«Un verdadero poeta—escribía Halmar,—con una forma nueva y una manera suya de decir cosas propias. Me hace pensar en Magallanes y me recuerda á Marquina, el más grande entre los grandes poetas de la España nueva.»

EL AGUA

Y semeja la fuente
muchacha que gorjea.
Lleva un beso de luz sobre la frente;
y el beso de su labio mata y crea.

Sangre de abajo, lágrima de arriba,
desata tu puñado de gorjeos;
tú, que vas fugitiva
fingiendo sucesiones de aleteos.
Preludia tu canción de Primavera
al beso de las ávidas raíces:
el pan misterioso te llamó su obrera
¡oh, tú, la madre de los días grises!
El pan misterioso ha hecho
de cada copo de tu espuma un labio

y cada copo nos evoca un nido.

En ti beberá el sabio.

Resbala cual sonrisa cristalina,
sobre esa joya rústica, el guijarro.
Tras tus bodas de luces con el cielo
celebra tu connubio con el barro.
Alégrate en la selva polvorienta,
desgárrate la entraña en la cascada,
promesa de vergel y de tormenta,

¡Oh gran serpiente alada!

El verso de tu espuma
tiene estremecimientos de capullo;
el verso de tu bruma
es la condensación de un gran arrullo.

Bate el ala invisible de tu verso
como un sollozo alada que se aleja
del lago, que es pupila que se queja,
hacia otra gran pupila: el cielo terso.
Desata tu puñado de gorjeos
esencia de la vida; tú eres llama.

Tú hálito tiene ardores de deseo:
apresúrate y ven; la tierra te ama.
Preludia tu canción, madre del hielo,
por sobre el agrio torso de las sierras.
La luz es la sonrisa de los cielos
y tú eres la sonrisa de la tierra.

Apresúrate y ven, sangre de abajo.
La arista del cristal de tus entrañas
que desgarran la roca, hace los tajos
que borran las montañas.

Sacude el ala ¡oh noble!

Sobre la tierra y con la tierra vuela
tu desmayo otoñal, savia de roble.

Sacude el ala ¡oh santa!

el ala temblorosa
por la nostalgia del azul y vuela.
Cuando la besa el sol que se levanta
tu nube es como el vientre de una esposa.

LA GUITARRA

La guitarra tiene al alma de una niña de ojos claros
en su caja hay como un nido todo lleno de aleteos
á un jardín por primavera su cordaje yo comparo
y sus notas á una fuga de nostálgicos deseos
que susurran los ensueños de una niña de ojos claros.

Tiene una alma que ve rojo; tiene celos la guitarra.
Y la cuerda como carne se retuerce enronquecida
al contacto de una mano que se crispa como garra
y hay temblores de beodo y estertores de suicida
en el canto desgarrante de la trágica guitarra.

La guitarra tiene un alma de mujer desengañada.
Esas cuerdas son las canas de su testa fatigada
hoy tan sólo guarda el eco de su risa de coqueta.
Y sus notas son hermanas de la nieve esparramada
en la barba temblorosa de un romántico poeta.

La guitarra sin cordaje es como una sepultura
en su caja se callaron los acordes de tristura
cual se ahogan los sollozos en la agónica garganta;
y su caja destrozada es retrato de esa oscura
existencia en cuya sombra ningún trino se levanta
y no deja ni aun un nombre en su angosta sepultura.



Ernesto Montenegro

ERNESTO MONTENEGRO

LA PLEYADE

(Fragmento)

Fué aquel tiempo de hermosas fecundas primaveras
en que estalló la savia del patrio pensamiento,
cuando aun repercutían hacia las cordilleras
las voces colosales de Mitre y de Sarmiento.

Lastarria—¡oh gran espíritu que animara una vida
de juventud perenne!—fué la voz precursora,
cual ave tempranera que en la selva dormida
despereza los trinos cuando viene la aurora.

El numen de su verbo, la inmortal esperanza,
la fuerza rediviva de su ideal exhuma.—
Todo un río de ideas, de obras y de enseñanza
se encauza por el surco sangrante de su pluma!

Y aun perdura y alienta y embiste la muralla
del dogma, que hoy un soplo del progreso derrumba.
Como el del Cid su espíritu retorna á la batalla
ó las victorias fragua del fondo de una tumba.

Bilbao, aquel filósofo y paladín romántico,
de rústicas pupilas y bravías melenas,
rompió en los juveniles preludios de su cántico
al choque de las armas y al son de las cadenas.

Bajo sus pies hervía la rugiente marea popular. Meció en ella su existencia, y el grito de libertad vibrando del pueblo en la asamblea, repercutió en la muerte del pensador proscrito.

Cuando algún tema heroico me inspira, en agitado vértice las visiones del bando antes inerte, pasan ante mis ojos desde el hondo pasado. Les envuelve la augusta majestad de la muerte!

Aqué! la lira clásica pulsa. Su ritmo antiguo hace acordar al ritmo de pensamientos nuevos. La rebelión que triunfa de un ideal ambiguo, pone su grito en boca de ninfas y de efebos.

Este, embocando ahora la homérica trompeta, ensaya un himno. El coro de las viejas legiones brota transfigurado de su pulmón de atleta para inflamar la hoguera de las revoluciones.

Ese medita á solas con la ciencia. Su labio profetiza los tiempos en que la luz idea será antorcha del mundo. Y á su fulgor el sabio se adelanta en la sombra que al porvenir rodea.

Otro, abierto el legajo de las añejas crónicas inquiere en los diabólicos misterios coloniales: la milagrosa vida de agustinos y mónicas; el memorable estilo de los cabildos reales...

El de la voz tonante y el gesto en desaffo, perfil agudo, como de justador manchego, ahuyenta las mesnadas con temerario brío y marca á los esbirros con cláusula de fuego.

Campeón de la polémica, por el tajante acero de su pluma, fué reto, providencia y azote. Sombra de algún errante medioeval caballero, redimiendo escribía como peleó el Quijote!

¡Y todos! bardos, héroes, sabios y pensadores tienden en libre vuelo su alciónica mirada

al porvenir. ¡Acaso verán nuestros mayores su juvenil quimera sollozante y burlada!

Despertarán un día. Ya la inquietud se advierte rondando como un soplo sus fúnebres cendales. Aguardan, tras el rígido abrazo de la muerte, el beso de la gloria que los hará inmortales!

HONORIO HENRIQUEZ PEREZ

ERRANTE

I

Una mañana, siendo muy niño, dejó su casa,
con mucha pena, con cien proyectos, con fe no escasa,
y al fin del tiempo, corriendo tierras, ¿dónde estará?

Sé que lo han visto con su bagaje de peregrino
que va buscando por las tinieblas de su camino
la ansiada palma que su carrera coronará.

Sé que lo vieron, feliz, un tiempo seguir la estrella
de unos amores, y que olvidado después por ella,
reir ya nunca, como otras veces, nadie lo vió;

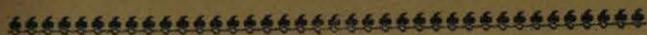
y que ante el humo de aquel ensueño desvanecido,
solo, agobiado por la tristeza de tanto olvido
dobló su tienda, quemó sus versos y se marchó.

II

Si por tu casa lo ves que vuelve con la sonrisa
de los que ríen porque se mueren más que de prisa,
y sólo mueve con sus pesares tu compasión,
déjalo solo, deja que vaya como una sombra,
que si hay engaño que no se dice, que ni se nombra,
es el engaño con que has herido su corazón.

Déjalo solo, deja que torne por el camino
que ayer resuelto siguió, luchando con el destino;
si lo desprecias, déjalo solo, no volverá...

Si una mañana siendo muy niño, dejó su casa
con mucha pena, con cien proyectos, con fe no escasa,
tal vez de nuevo la fe de entonces lo salvará.



CARLOS R. MONDACA

EVANGELIO

Están los ojos fijos en las nubes
que van como unas aves agoreras
con sus alas enormes. Como un lago
que refleja los cielos, las pupilas
son azules ó grises, ya sonrientes,
ya torvamente brunas. Como un lago
profundo y misterioso, copia el alma
luces de auroras, claridad de estrellas,
sombras crepusculares, y la augusta,
la soberana sombra de la noche.

—Chispa que brilla apenas, que se apaga
con un fulgor tan rápido, suspiro
de luz muerto en un átomo del tiempo,
vive la eternidad y el infinito
de la naturaleza guarda el alma.—

Y el Gran Todo está en todo.
La hoja que vuela y el reptil; la gracia
de las espumas y la negra nota
del fango; las montañas que desgarran
del dombo azul y el átomo que el ojo
siente apenas se juntan y se besan;
y en la sombra se estrechan y son uno;
y el mismo soplo que rozó la cumbre
pasa rozando el llano y acaricia
las espumas y el fango, los follajes
y el polvo; y unas mismas vibraciones
de vida universal todo lo envuelven.

La luna, ¿veis? tan pálida, tan triste,
tan remota, perdida en lo profundo
del abismo lejano. Y el mar la ama,
y un estremecimiento voluptuoso
pasa por las entrañas del gigante;
y en un hervir apasionado se alza,
como una aspiración á lo infinito;
y florece de espumas como azahares,
como el rosal sus rosas ó sus versos
un cerebro poeta.

Y se adormece
bajo la cándida caricia, como
si fuera el roce de una mano
blanca sobre una frente indómita.

¡Las nubes! Las graciosas mensajeras,
como velas latinas, en bandadas,
pasan flotando en el azul. Lejanas,
tan lejanas como un sueño que apenas
se recuerda, su paso por la altura,
como un beso, como un beso fecundo
que germina en el vientre de la tierra.
Pupila inmóvil y honda, las ve el lago
con la mirada cariñosa, intensa,
del padre que en silencio contemplara
los juegos de sus hijos. Porque él sabe
que son distantes formas de la misma
maravillosa esencia, que la nube
nació de sus entrañas, y su vida
de éxtasis late en el hinchado seno
de la nube lejana.

Y van pasando
blancas, grises ó rojas portadoras,
de un mensaje de amor á deshacerse
como lágrimas diáfanas, como albo
plumaje de palomas en la cumbre.
La cumbre solitaria, la atrevida,
como frente que niega, que se yergue,
reto interrogador del infinito,
se envuelve en la caricia de la nube,
y se hace blanca y suave como el alma
de un niño. Y como un alma, aquel mensaje,

lleno de amor del mar y de los lagos,
devuelve en el candor del ventisquero
y en la canción del río.

¡Y se encadenan
en un abrazo eterno, la montaña,
la pradera y el mar!

¡Almas de sombra
que vais, ciegas ó sordas, por la vida,
jirones errabundos de una noche
sin alba, abrid los ojos y que tengan
su aurora al fin. Abridlos y que copien
la infinitud de la naturaleza!

Yo he escuchado temblando el formidable
Verbo que habla de amor, Verbo que canta,
como un salmo á la vida, en el afable
rumor de la corriente ó en la loca
lengua de la cascada. Yo he mirado
con alma temblorosa los milagros
del alma de las cosas, y la santa
Unidad que del átomo y del monte,
de la espuma y del fango, de los cielos,
la pupila y el alma; que de todo
hace una sola nota en el concierto
de la armonía universal.

Mi alma
sabe también el Evangelio eterno
que las nubes anuncian desde lo alto,
la suprema verdad: Sed como el agua.
Sed como el agua: que se vea el fondo
de vuestro pensamiento; que se pierda
fecundo en las entrañas de la tierra;
como vapor de incienso, que flamee
sobre cumbres que nunca holló la planta;
que pase acariciando la pradera,
como jirón de cielo; y vaya siempre,
mordido por las rocas ó besado
por las flores; cantándole á la Vida,
y al fin, amplio y grandioso como un río,
se hunda en la Inmensidad...



PEDRO PRADO

Tan original en sus ideas como en sus versos: su musa es caprichosa, burlona á veces, sarcástica otras, mezcla de sensualismo con poéticas ternuras, perfumes de rosas y acíbar en el fondo. Es poeta fecundo, y ha creado un molde propio, sin limitado marco, para su inspiración.

PODER DEL AMOR

No sé si pienso en algo ó bien en nada.
En puntillas se van las horas calladas.

Duerme mi voluntad y duerme mi conciencia
y libran á mis manos de toda extraña influencia.

Y mis manos se mueven como seres vivos,
seres que parecen ajenos á mí mismo.

Yo las miro hacer, y luego no las veo
que de nada me sirven los ojos que llevo.

Heme vuelto en mí. Ante la vista tengo
diseño de la amada por mis smanos hecho.

¡Oh! poder del amor, aun cuando no pienso
vive entre mis manos su recuerdo!

LAS MANOS

¡Manos de la amada dignas de una reina
sí una reina digna de ellas fuera!

manecitas breves
con florecillas de azul entre la nieve
y con menudos dedos
que en sonrosadas uñas se florecen.

Manos compasivas, cariñosas,
con cuánta bondad siempre se posan
sobre mi frente; manos blancas,
cuando ayudáis á bien sufrir
sois unas santas.

En el tiempo bueno, magas divinas,
palmoteando aumentáis la alegría,
locas manos de niña.
y siempre os extendéis prestando ayuda
nobles manos menudas.

Previsoras sin que os rinda la fatiga
sois las hormiguitas de la vida.

Manos blancas de azuladas venas
haced que mi vida sea buena.

Manecitas mías
otorgadme mi parte de alegría
y si hadas sois, llenad de flores
nuestro común jardín de amores.
Cuando muera
haced que mis párpados se cierren,
pero haced que se cierren lentamente,
así mis ojos turbios vuestra imagen lleven
más allá de la muerte!

VIVE

Vivir no es
dejar pasar las cosas
al través de las horas
sin saber el por qué.

No el quedarse á la orilla
siendo de las aguas el pasar,

tan sólo oyendo su cantar.

Entrate en ellas
y ya no será tu imagen la allí refleja,
sino tú misma la del agua presa!

Sentirás su fresco bienhechor
que el alma eleva
é inclinando un poco la cabeza
beberás, apagarás tu sed
y goce de la vida comenzará el saber
que á perdonarlo todo
lleva el comprender.

No te quedes á la orilla
mujer, tú, la que serás mía,
éntrate en esas aguas,
vive tu vida!

EL MONJE

(Fragmento)

I

¿Por qué, por qué, sin fe para el combate,
el alma alada que á la cumbre vuela,
olvida que es espíritu y se abate
cuando la frágil carne se revela?

¿Por qué, ludibrio de borrasca loca,
la conciencia vacila, y gime y calla,
cuando el brutal instinto la provoca
á sostener con él recia batalla?

¿Qué hondo misterio es el que el hombre encierra,
que el cuerpo vence al alma en el gran duelo,
siendo el cuerpo una sombra de la tierra,
siendo el alma un relámpago del cielo?

Parnaso Chileno.—16

II

Ante el sol inmortal que se levanta
y tiñe el éter de ópalo y de rosa,
el himno eterno de la vida canta
con magnífico ritmo cada cosa.

Mas ¡ay! El monje en su nostalgia muda
oye sólo zumbiar el ala incierta
con que el lóbrego cierzo de la duda
bate las ruínas de su fe ya muerta.

Envuelto en el fantástico sudario
de su austera y flotante saya mística,
se arrodilla temblando en el santuario,
delante de la lámpara eucarística.

Es insondable, es infinito el velo
de la fúnebre noche que le ofusca.
Es un fantasma, es un sarcasmo el cielo;
huye más lejos cuanto más le busca!

III

Después de orar al borde del abismo,
siempre sin esperanza, siempre en vano,
y de sentir la nada de sí mismo,
le abre su corazón á un monje anciano.

Lleno de santa unción y amor profundo,
el viejo monje largo tiempo le habla
de que busque en el piélago del mundo
sólo en la cruz su salvadora tabla.

¡Ay!—le dice,—del alma que blasfema,
y que se olvida de su excelso rango,
y que arrastra su fúlgida diadema
y sus cándidas alas por el fango!

El alma que á sí misma se abandona,
y que entre el mal y el bien, el mal prefiere,

rompe el lazo que al cielo la eslabona:
vive para Satán: ¡para Dios muere!

IV

Y él le oye. Y en su celda solitaria,
armado de una férula sangrienta,
á compás de una fúnebre plegaria,
verdugo de sí mismo, se atormenta.

En su místico anhelo de vencerse,
lleno de santa cólera se azota,
y de dolor su carne se retuerce,
y roja sangre de su carne brota.

Es inútil su bárbaro martirio.
La fiebre estalla en su cerebro luego.
Y á través de las sombras del delirio
él ve flotar una visión de fuego.

Es la visión de la mujer que adora:
que con su carne pone su alma en guerra;
que lo acosa tenaz hora tras hora;
que lo hace al cielo preferir la tierra!...

TARDE ESTIVAL

Vamos ya... Plácida sombra
da el árbol; su muelle alfombra
el verde trébol extiende
para que descanses tú...
De tus pasos el fru-fru
mi exótico afán enciende.

Siguen mis ojos la línea
de tus formas, la virgínea
ondulación de tu talle
y la gracia de tu pie:
cuando tú pasas... se ve
más claro el cielo y el valle.

Tu voz es cadencia cálida,
y hay ardores de cantárida
en tu boca y su caricia,
que siendo inexperta y pura,
embriaga con la locura
de una divina impudicia.

Mi pensamiento se enreda
en la temblorosa seda
de tu escotado corpiño,
de tu escotado corpiño,
donde virginal aroma
la rosada y dulce poma
de dos magnolias de armiño.

Bajo tu negra pestaña,
en tu pupila se baña
de oro de sol una hebra;
tiene tu mirar risueño,
la vaguedad del ensueño
y la caricia que afiebra.

Amor tu rostro embellece;
y á mi beso se estremece
tu seno de pasión loca;
y de dicha adormecida,
forman mis caricias nido
con tu perfumada boca.

¡Qué de encantos atesora,
tu juventud... La luz dora
tu tibia piel de alabastro;
y mi caricia ardorosa,
de tu doncelléz hermosa
busca el perfumado rastro...

El placer tu voz acalla...
En tu boca se desmaya
mi boca... No hay otro ruido
en nuestro ardiente embeleso,
que el suspirante gemido

que arranca á tu amor mi beso.

La dicha mi pecho embriaga...
¡Dame tus besos!... Apaga
mi ardoroso frenesí,
mis ansias devoradoras;
y así transcurran las horas
entre tus brazos, así...

LOS CARPINTEROS

Cuando el sol insular su faz asoma
la montaña se envuelve en su áureo manto,
cruza el cielo algún vuelo de paloma,
surge del río y de la mar un canto.

Los carpinteros clavan entretanto,
sus picos en los robles, y en la loma
y la montaña, en el tranquilo encanto,
el golpe el eco de un hachazo toma.

Del bosque son alados leñadores
de cuerpos negros y cabezas rojas
de un rojo de vivísimos fulgores.

Cuando los miras, Sol, tú te sonríes
porque entre la esmeralda de las hojas
son finos aderezos de rubíes.

LAS TRES MARIAS

Un lago de negrura es todo el cielo
en la noche tan quieta y silenciosa
como una viuda que en su inmenso duelo
ya ni puede llorar y ni solloza.

Luego en el lago se descorre un velo
y en su angosta abertura luminosa
las tres estrellas miran con recelo
el negro mar que en su capuz se emboza.

Y mucho brillan. Son las tres Marías
que son tan blancas que parecen lirios,
tan blancas, luminosas y tan frías.

Quién sabe si no engañan las miradas
y en la noche y su duelo son tres cirios,
ó bien las puntas de unas tres espadas.

AGRESTE

El sol de su gran beso lujurioso á los jóvenes
maíces que en sus tallos se empinan gravemente
luciendo el atavío de sus verdes cintajos;
á la lba correhuela, cual copa de alabastro,
con cuya miel se embriagan legiones de mosquitos;
á la abierta biznaga, cual sombrilla minúscula
que da sombra y frescura á las verdes cantáridas;
á la flor de gapallo, que es el sagrado cáliz
de oro, donde comulgan las místicas abejas
y á la niña que viene con su traje rosado
saltando alegremente por entre la maleza,
toda ella tan fresca como una rosa viva...

Y á su paso se alzan en tropel luminoso
las cantáridas verdes y las moscas azules
y los mosquitos áureos cuyos esmaltes brillan
al sol con los fulgores de las piedras preciosas.

BODAS DE PLATA

(A un poeta «Malgré Lui»)

Exhibiendo tu retrato,
un periódico barato
te hizo no há mucho la pata
porque como «literato»
cumples tus bodas de plata.

Es decir, veinticinco años
que llevas tú reconocidos

atendiendo los oídos
tanto á propios como á extraños
con tus cantos desabridos.

Veinticinco años cabaes
en que no has hecho otra cosa
que renglones desiguales,
echando al viento á raudales
tu cántiga empalagosa.

¡Cuánto tiempo malgastado
que pudiste haber empleado
por tus propios intereses,
en manejar el arado
para cosechar las mieses!

Porque ¿dónde está el provecho,
dónde los frutos «sonantes»
de pasar, como lo has hecho,
cinco lustros en acecho
de rimas y consonantes?

¿Te has labrado una fortuna
con echar sin tregua alguna
ditirambos «para ellas»,
quintillas á las estrellas
y sonetos á la luna?

¿Cuánto te dió el madrigal
que escribiste con motivo
del cumpleaños de un tal?
¿Te ha dado una octava real
el valor de su adjetivo?

¡Y si tus versos mejores
merecieran los honores
de tanta fecundidad!
Pero es la pura verdad
que todos ellos son peores.

Buscas pretexto á menudo
para sacar de la vaina

ese tu estro campanudo.
¿Te hizo Fulano un saludo?
¡Pues que tema la versaina!

Porque habrá más de algún tío
que, fecundo hasta dar frío,
sea tu digna pareja,
pero á ramplón, hijo mío,
nadie te moja la oreja.

¡Y así hay quien se desata
en piropos indecentes
y te coge, y te retrata,
cuando atisban esas gentes
llegar tus bodas de plata!

Pues, hijo, ¿sabes lo que
deberían hacer todas
esas gentes de tupé?
quitar á «plata» la «p»
y celebrarte esas bodas...

PASTEL

En el nácar oval de su semblante
brillan sus ojos glaucos y burlones
con reflejos de púrpura llameante,
cual la piel de los raros camaleones
fabulosa, lucífera y cambiante.

Fresca rosita suave de matices,
palpitantes de esencias seductoras,
son pequeñas y lindas sus narices:
narices de princesas pecadoras,
de sirenas de amor y meretrices.

Sus labios de flamígeros corales
se entreabren melancólicos, ardientes,
como fimbrias de heridas ideales;
y rutila el acero de sus dientes
con reflejos de liágicos puñales.

Su cabellera espléndida, que encanta,
corona de fulgor su sien bizoña,
y en torno de sus hombros adelanta,
como una gran cascada de borgoña
en las copas de azul de su garganta.

Impregnado de cálidos aromas,
rico corsé de raso rosa veda,
de su seno las candidas palomas,
como precioso búcaro de seda
que sostuviese dos fragantes pomas.

De albos encajes, cual de etéreo fondo,
como dos ramas de argentadas lilas,
surgen sus brazos de perfil redondo
sobre el nido de amor de las axilas
sombreadas de ardiente vello blond.

Dibújando sus formas deliciosas,
ciñe su talle desiumbrante enagua;
y sus manos, tan claras y azulosas
cual diamantes de luz de primer agua,
caen encima, como nuestras rosas.

LA PROCESIÓN DE SAN PEDRO Y LA BENDICIÓN DEL MAR

(Fragmento)

Talcahuano, Junio.

Sobre unas andas de oro San Pedro viene
entre cuatro banderas con flecos de oro;
¡feliz la cofradía que la sostiene
sobre sus musculosos hombros de toro!
Su pesca será doble, desde mañana,
las aguas que la ahoguen serán benditas;
¡con qué mirar que enciende la sangre humana
les clavan sus ojazos las mujercitas!
No ha envejecido el santo. Como un mozuelo
lleva rosado el rostro y a legre el talle,

pero en su testa calva se copia el cielo
como en las aguas lluvias que hay en la calle.
¡Cata! La barba negra ,crespa y lozana,
va diciéndole á gritos al más pacato:
barba de tantos años, sin una cana,
claro es que usa por peines «manos de gato...»
En la siniestra mano dos llaves alza
el portero del cielo: la llave grande
y otra con que ha de abrirles la puerta falsa
á los hijos del pueblo que el mar le mande.
Y como va á la pesca, por cumplimiento,
ya que salir sin redes fuera desdoro,
entre sus sacras manos columpia el viento
una malla luciente de plata y oro.

Y así, sobre diez mozos de buena traza
desfila por el claro que el pueblo le abre,
sin temer que el mal tiempo, que ya amenaza
como apaga las velas, lo descalabre.

¿Qué ha pasado?... se para todo el cortejo
y aplaudiendo, la gente se arremolina:
es que «El Teclé» se avanza, fletero viejo,
á saludar al santo por la marina.
Lleva su saco al hombro y á la cintura
una faja encendida bien apretada
y entre la barba cana y la tez oscura
una nariz de fuego, como granada;
entre aspavientos grandes mil cosas dice,
y cuando su entusiasmo raya en extremos
termina épicamente: «patrón, avise
cuando requiera un bote con cuatro remos.»
Dice «El Teclé,» y se cuadra, mientras el santo
sin mirarlo siquiera de largo pasa,
y entre nubes de flores, incienso y canto
por el muelle se cuela, como en su casa.

SEGUNDA SERIE